VERDAD, BESO

O

ATREVIMIENTO

Rosa Diego Güemes

*A mi padre, José Diego Cubas,*

*por su amor, sus enseñanzas y su guía*

CAPÍTULO 1

En el sueño me veo corriendo por la calle con los críos del barrio en las infinitas tardes de verano. Cubiertos de mugre y desharrapados, con las rodillas llenas de postillas y rasponazos en la piel, como si fuésemos el mapa de algún lugar significativo. Libre, ingrávida. La luz del día se escurre en un lento suspiro que quiebra la voz imperativa de la tía María gritando mi nombre: «¡Blanca!». Es entonces cuando sé que es hora de volver a casa.

Era un sueño recurrente, obsesivo. Tal vez un anhelo desesperado del subconsciente, y, sin embargo, lo reprimía. Llevaba años evitando regresar a casa. Me refugiaba en cien mil pretextos relacionados con el trabajo: falta de vacaciones, el empleo recién estrenado en el equipo de guionista de una nueva serie, varios libros y discos pendientes de reseñar, una novela con un plazo de entrega inminente y un largo etcétera de disculpas que iba ajustando, para dotarlas de verosimilitud, al tiempo y a mis constantes vaivenes profesionales. Consciente y subconsciente batallaban en una guerra absurda e infeliz mientras yo era incapaz de hallar un punto intermedio. Me sentía culpable.

Me recibían bien, indiferentes, como si aún fuese aquella niña con la ropa sucia, el pelo enmarañado y las heridas de las batallas de la infancia supurando y no la escritora cuya imagen veían impresa en las fotos de las revistas de la peluquería por ser la pareja sentimental de un famoso cantante de *pop-rock*. Era liberador despojarse de las etiquetas intelectual o novia que la prensa del corazón me había endilgado. No sé cuál de las dos me desquiciaba más. Tal vez, ambas por igual. Implicaban una disección parcial de lo que soy y a la vez me exigían mantener un elevado nivel de perfección, como si estuviese constantemente sometida a un examen final pendiente del aprobado. Tenía que ser siempre la más lista y brillante, la más guapa y encantadora. Y en medio de todo ese espejismo estaba yo, furiosa, tragándome la rabia y tratando de encajar en esa idílica imagen de muñequita adorable y sesuda que paseaba del brazo del aclamado y exitoso hombre.

En casa esa presión se esfumaba. Era yo, la misma de siempre. La hija de Elisa y la sobrina de María y Rafael. Una Corceño. Conocían a mis ancestros y afirmaban, sin temor a equivocarse, de quién de ellos había heredado la apariencia o el carácter, obviando por completo el hecho de que tuviese un padre desconocido. Aunque llevase años viviendo en Madrid, aún formaba parte del tejido social del lugar. Era de los suyos. Para ellos lo único diferente en mí era que ahora era una mujer adulta con una carrera profesional seria y un novio demasiado famoso, al menos mientras duró el amor.

En cambio, para mí todo era distinto. La ciudad de Santander se había expandido, sembrando los terrenos del sur con moles de pisos, rodeando de modernidad el casco histórico del ya desdibujado lugar de Cueto con sus casas de campo hechas de piedra y ladrillo macizo, borrando poco a poco y meticulosamente su pasado agrícola y ganadero. También había cambiado mi familia. Algunos se habían ido. Otros habían llegado. Mi ecosistema familiar se había distorsionado hasta el punto de resultarme tan confuso que me sentía torpe y equivocada, como si calzase los zapatos de un número menor. Por eso no quería regresar y las pocas veces que lo hacía era por pura necesidad o por el sutil chantaje que flotaba en las conversaciones telefónicas con mi tía. No era por lo que decía, ni tan siquiera por la forma en que lo hacía. El reproche y el chantaje emocional se escondían en las palabras que no pronunciaba, en las reclamaciones que se callaba o en las justificaciones que se daba para tapar mi inexplicable comportamiento. Su amor leal, incondicional y desinteresado me llenaba de culpa. Jamás nadie me ha querido así —a excepción de mi madre—, pero guardo pocos recuerdos de ella y entre ellos el tamaño de su amor es algo difuso. Desde muy niña, mi memoria afectiva solo cuantifica certeramente el amor de la tía María.

En momentos de flaqueza me asalta el eco de su abrazo mullido y cálido. Un abrazo que olía al aceite esencial de hierbaluisa que ella misma destilaba en casa, en la vieja alquitara de la abuela Julia. Un abrazo que olía a madre. O al menos al aroma con el que yo asociaba y asocio la maternidad. Me huele igual desde que tenía casi seis años. Aprendí su fragancia aquel remoto día de invierno en el que mi madre murió. En aquel entonces vivíamos en el piso que el abuelo Fermín había comprado años atrás como inversión. Estaba en pleno centro de Santander, en mitad de la calle Los Acebedos, una vía tan empinada como el Tourmalet. Nuestra rutina era sencilla en aquel tiempo. Mamá me levantaba a las ocho, yo me lavaba, me vestía y me sentaba a la mesa a desayunar el tazón de leche con chocolate y las magdalenas que la tía María nos traía los sábados cuando bajaba a la plaza de la Esperanza a comprar. Nunca me gustó aquella mesa. La superficie gris rayada me recordaba a la piel de las cebras que veía en los documentales de la televisión. Sospechaba que, por medio de algún malvado proceso industrial que desconocía, habían usado la piel de una cebra de verdad para fabricar aquella gélida y brillante superficie de formica, dejando al pobre animal sin piel y a merced de los depredadores de la sabana africana. Estaba tan plenamente convencida que hasta lo hubiese jurado solemnemente, aunque dejé de pensar en ello obsesivamente cuando mamá la cubrió con un mantel. Aquella espantosa mesa tampoco era de su agrado.

Mamá se sentaba frente a mí con un café solo y un cigarrillo encendido, del que arrancaba, pausada y rítmicamente, unos destellos de luz intermitentes que me recordaban a los de la linterna del faro de cabo Mayor. Desayunábamos siempre en absoluto silencio en la opresiva, funcional y ridículamente pequeña cocina —si la comparabas con el resto del piso—, en la que todo mantenía un estricto orden. Ni siquiera la disonante amplia ventana, asomada al patio interior en el que campaban a sus anchas los tendederos con la ropa de los vecinos, daba un respiro a la sensación de claustrofobia que inundaba el espacio. Nuestra banda sonora a esas horas era el sonido de las cucharillas revolviendo los brebajes de las tazas, el papel separándose de las magdalenas, el rítmico masticar de los dientes y las caladas meditabundas de esa mujer lejana, extraña e inaccesible que parecía estar en cualquier lado menos sentada frente a mí. A mamá no le gustaba conversar a esas horas. Solía decir que era demasiado temprano para aterrizar en el mundo de manera ruidosa o banal. Así que yo la dejaba con sus hieráticos y desconocidos pensamientos y me distraía contando los escasos azulejos decorados con florecillas amarillas que rompían la formal uniformidad del alicatado blanco de la cocina. Me entretenía tratando de averiguar la lógica de su disparatada colocación, pero jamás logré una buena teoría al respecto y en algún momento concluí que el orden desincronizado y azaroso, que hacía que unos estuviesen demasiado juntos y otros demasiado lejos, respondía al poco gusto estético del alicatador que los colocó. Luego, de la nada, la voz de mamá se llenaba con la impaciencia de la prisa y todo era apuro. Apuro por terminar el desayuno, apuro por lavarse los dientes, apuro por peinarme una coleta decente y no la lastimosa cordillera llena de montañas que hacía en mi pelo, apuro por agarrar la mochila del colegio, apuro por cerrar la puerta de casa, apuro por caminar lo más rápido posible hasta la esquina de la cuesta de la calle Cervantes que daba al Colegio de La Enseñanza, apuro en el consejo de última hora de mirar antes de cruzar la calle y volver directa a casa a la salida del colegio sin hablar con nadie y mucho menos con extraños, apuro en un beso corto que se perdía en el vacío antes de llegar a mi mejilla, apuro por irse sin volver la mirada atrás para acariciarme una vez más.

Mis días eran siempre como esos hermanos gemelos que nadie distingue. Al ritual matinal de casa le seguían las clases de nueve a una y media con recreo de once a once y media; la comidas en el comedor del colegio seguidas de las clases de tres y media a cinco y media; la vuelta a ese piso silencioso en el que hablaba en voz alta para espantar el miedo; la merienda del bocadillo de chorizo los lunes, miércoles y viernes y de jamón los martes y viernes; y el aliento contenido mientras esperaba oír, a más de las seis, la llave en la cerradura anunciando el regreso de mi madre.

Los fines de semana eran distintos. Los sábados siempre nos levantábamos tarde. Mamá encendía la radio y, mientras limpiábamos la casa, canturreábamos a coro en un idioma de onomatopeyas sin sentido los grandes éxitos de la música anglosajona que pinchaban en la radio. Luego llegaba la tía María con su ración de magdalenas semanales e íbamos al mercado de la Esperanza. El rectangular decimonónico edificio de piedra, hierro y cristal me intrigaba con sus esquinas achaflanadas y su curiosa ubicación. Me recordaba a los barcos atracados en los muelles del puerto. De espaldas al ayuntamiento, se elevaba elegante a la izquierda de la iglesia de San Francisco, precedido por una plazoleta en la que se apiñaban los puestos de frutas, verduras y hortalizas, que parecían noráis y que sustentaban la construcción que yo comparaba con un gran barco. En mi imaginación infantil la primera planta era idéntica a la bodega de los barcos. Apenas entrábamos, en un gesto instintivo, nos ceñíamos los abrigos entorno al cuerpo, en un vano intento de escapar del aire frío provocado por las corrientes gélidas que enardecían las puertas abiertas de par en par. El cerebro registraba el intenso olor a mar, sorprendiendo a los santanderinos, que, de tan familiarizados como estaban con el aroma, ya no lo percibían al pasear por las calles de la ciudad. Las grandes ventanas no daban abasto a iluminar el oscuro interior y, en contraste con la luz brillante y artificial que alumbraba el género, construían un claroscuro propio de los Caravaggio. Sobre los atestados mostradores, acostados y ordenados en lechos de escamas de hielo, los peces miraban a la clientela con el espanto de la muerte inminente de la que quisieron inútilmente escapar. Merluzas, lirios, ojitos, doradas, sardinas, bocartes, bonitos, julias, cabras e infinitas variedades de peces, que iban cambiando según la estación del año en la que estuviésemos, contrastaban con los mariscos vivos que se afanaban por huir de ese medio extraño, ruidoso y seco.

Mi madre y la tía María deambulaban pausadamente, examinando las mercancías y comparando precios con la precisión de una calculadora con las pilas nuevas. De vez en cuando intercambiaban pareceres, pero, por lo general, se entendían con una señal de la cabeza, un suave codazo, un apretón en el brazo, un alzamiento de cejas o media sonrisa. El idioma exclusivo que habían construido durante años de convivencia y confidencias y que yo, fascinada, trataba de descifrar infructuosamente.

Algunos días compraban en puestos salteados, pero inevitablemente terminaban siempre en el de don Paco, un moreno grande como un castillo al que le sobraban diez kilos, pero que se sabía guapo y se las daba de conquistador con una labia que engatusaba a las clientas sin importar la edad. Acostumbraba a terminar sus frases con un «guapa» y de vez cuando les guiñaba un ojo con coquetería mientras intercambiaba recetas de cocina o trucos culinarios. Pero mamá y tía María no le compraban por sus maneras de galán, lo hacían por la calidad del producto y porque don Paco les limpiaba el pescado como a ellas les gustaba. En cambio, a mí me tenía completamente conquistada porque todas las semanas me regalaba caramelos masticables y me envolvía en su abrazo de oso cariñoso. Siempre me marchaba feliz.

La segunda planta del mercado era la cubierta del barco. Según los caprichos del día, los grandes vitrales dejaban pasar la luz sin freno alguno, proyectando las sombras ariscas o cálidas del clima del Cantábrico. Allí los olores cambiaban constantemente. Tan pronto todo olía a carne y embutidos como a repostería o comestibles varios. Mamá y la tía María zigzagueaban veloces y precisas. La primera parada era en el puesto de don Ramón, el carnicero, para comprar los filetes de cinta de lomo que chiflaban a mi tía y mi obligatorio y odiado filete de hígado de todos los sábados. Pese al asco que me daba, mamá me obligaba a comerlo. Afirmaba que era una fuente de hierro absolutamente imprescindible en mi crecimiento.

—Blanca, deja de marear el filete.

—¡Jo, es que no me gusta!

—Tonterías. Lo has comido siempre en el puré.

—Sabe mal.

—Pues mastícalo y trágalo rápido —replicaba enojada mientras yo engullía el filete, bebía agua sin parar para mitigar las náuseas y aprovechaba para esconder en el bolsillo algunos trozos que escamoteaba en las contadísimas veces que escapaba a su ojo atento.

Mi odio por el hígado inevitablemente se extendió a don Ramón. El pobre hombre se mostraba amable, simpático y hasta cariñoso conmigo, pero yo, terca, no cedía ni un ápice ante el culpable de mi tormento y, pese a las reprimendas que me ganaba, lo trataba o con absoluta indiferencia, o con ademanes y réplicas ásperas, como un gato con todas sus garras en guerra. Quizás mi antipatía por don Ramón no hubiese sido tan tajante si no hubiese tenido esa predilección por mi madre. Se notaba a la legua que le gustaba a aquel solterón soso y anodino que yo comparaba con Gargamel, el malvado hechicero de los Pitufos. Reservaba a la tía María el mejor lomo y siempre lo empezaba para ella. Y, desde luego, sin importarle si quedaba en feo con alguna otra clienta, apartaba un filete de la zona central del hígado para mí.

—Lo mejor para la princesa de la casa —proclamaba con voz meliflua mientras a mí me hervía la sangre de indignación.

Salía tan enojada de su puesto que ni siquiera la dulce doña Rosa conseguía apaciguarme. Era el último alto antes de acompañar a la parada del autobús a la tía María. A doña Rosa le comprábamos las pastas con las que planeábamos agasajar a las hipotéticas visitas que jamás llegaban y que terminábamos merendando nosotras domingo tras domingo.

Siempre me inquietó la idea de que mi madre pudiese enamorarse del mequetrefe de don Ramón y terminase convirtiéndose en mi padrastro. Yo no quería un padrastro. Quería a mi padre. Me hubiese gustado tener un padre, pero en el comienzo de mi vida jamás me ofrecieron esa posibilidad.

—Mamá, ¿yo tengo un papá? —le pregunté ilusionada días después de empezar el colegio—. Sara dice que todos los niños tenemos uno.

—Tú no —me respondió mamá en tono cortante tras un breve silencio.

—¿Por qué no? —insistí pese al miedo.

—Cielo, tu papá se fue.

—¿Y no va a volver nunca?

—Blanca, tú no tienes padre, pero me tienes a mí y a la tía María y al tío Rafael. Y te queremos tanto como la trucha al trucho —me contestó mientras me envolvía en su abrazo, me besaba y me hacía cosquillas hasta hacerme reír.

Por un tiempo fantaseé con que mi padre regresaba, y, cuando fui mayor, la tía María no pudo darme más datos que la escueta historia que le confesó mi madre. Mi padre biológico fue un arrollador romance veraniego de quince días y frases susurradas en francés. Fue el tiempo que pasó de turista en el desaparecido *camping* municipal de cabo Mayor, donde mi madre trabajaba como recepcionista gracias a su innato talento para hablar idiomas con soltura. Se llamaba Jean, y con esa explicación finalizaba la breve historia sobre el hombre que me engendró en la playa de Mataleñas, en alguna de las noches de aquella quincena de julio de 1977.

Al regresar a casa, mamá repartía las compras entre los armarios, la nevera y el congelador, listos para acomodarse a la sempiterna rutina semanal, mientras yo espantaba la amenaza que representaban don Ramón y sus filetes de hígado.

Los fines de semana, por las tardes, si me fío de los recuerdos de la tía María, a falta de los propios, mamá me llevaba a los columpios del parque, al tiovivo o a correr por la playa. Aunque no lo recuerdo, de niña ya debía de gustarme la constante sensación de balanceo. Las vacaciones siempre las pasaba en Cueto, en la casa familiar donde los Corceño habíamos crecido —algunos incluso nacido— desde hacía cinco generaciones, aunque para mí, en esa época, era simplemente la casa de mis tíos María y Rafael. El valor sentimental lo descubrí poco a poco cuando me fui a vivir con ellos tras la muerte de mamá.

A los que me preguntaban entonces, solía responderles que mamá había volado al cielo, como hacen las bandadas de pájaros cuando un ruido seco y aterrador interrumpe su sosiego en los prados. La atropelló un coche en el paseo Pereda. Una tragedia en la que la imprudencia de mi madre tuvo tanto peso como la fatalidad. En su apuro diario, cruzó a la carrera con el semáforo en rojo para alcanzar el autobús, sin atisbar, si quiera, que los coches estaban ya en marcha. Un Seat Supermirafiori la golpeó como a un muñeco de trapo, otorgándole la inercia suficiente para retroceder hasta el bordillo de la acera, con el que se abrió el cráneo. La llevaron agonizando en una ambulancia al hospital Marqués de Valdecilla, donde certificaron su muerte a las 13:43, tras una breve y encarnizada lucha por salvarle la vida. Mis tíos, a quienes la policía había localizado y avisado, se retorcían impacientes en la sala de espera, aferrados a un hilo de esperanza que se rompió apenas vieron la expresión de circunstancias reflejada en la cara del cirujano. Arreglaron las exequias y, angustiados, fueron al colegio a buscarme. Les quedaba el amargo trago de contarle a una niña de casi seis años que su madre había fallecido. La madre Ángeles, con su impoluto hábito de algodón gris marengo, me acompañó desde mi aula hasta el despacho de la directora al final del pasillo. Lo único que recuerdo de aquella escena fue la mirada huidiza del tío Rafael y aquel abrazo maternal con aroma a hierbaluisa de la tía María. En los siguientes años que estuve en el colegio, cuando pasaba junto al despacho de la directora, notaba que me ahogaba. Dejaba de respirar de modo inconsciente, la sangre se aceleraba en mis venas, me pitaban los oídos, perdía el color y reprimía una bocanada de vómito. Solo al dejar la puerta atrás, recuperaba la normalidad. Por fortuna, jamás volví a poner un pie dentro de ese despacho.

Aquella tarde no regresé al salón de clases. Alguien trajo mi abrigo y, agarrada de la mano de mi nueva madre, caminé con la vista fija en las sombras espectrales que el encerrado y pulido suelo reflejaba. Tampoco regresé al piso de Los Acebedos. De repente, fue terreno vedado para mí. Trajeron mis cosas a la casa de Cueto y, para cuando volví años después, ya no quedaba ni rastro de nuestra existencia allí y todo me resultó ajeno.

No estuve en el velatorio de mamá. Nadie consideró que fuese un lugar adecuado para una niña. Tampoco vi su cadáver. Prefirieron ahorrarme el recuerdo de esa mamá durmiente arropada por una sábana de raso en su cajón de pino. Me quedé con Herminia, la vecina. La bondadosa mujer se esforzó por distraer mi pena y angustia contándome cuentos y engatusándome con mi postre favorito: churros con chocolate.

Al entierro sí fui. Me pusieron el vestido de cuadros escoceses verdes y azules que me había hecho Merceditas, la modista, el otoño anterior y que luego jamás vestí de nuevo. Mientras me sirvió, siempre que tía María me lo quiso poner, enloquecía de tal manera que, tras infructuosos minutos de lisonjas, camelos y amenazas, terminaba por desistir. Sin embargo, al abrigo de paño azul marino, el mismo que usaba para ir al colegio, no le agarré tirria. Enterramos a mamá una tarde soleada y fría de principios de febrero. Había mucha gente. Amigos, vecinos y completos desconocidos me clavaban sus miradas compasivas, me abrazaban y besuqueaban. Me sentía zarandeada como una hoja por el viento, pero encontraba tranquilizador ese incesante movimiento. Lo único que me molestaba eran los besos cargados de saliva y los perfumes apestosos de algunas personas. Mientras el cura rezaba y los de la funeraria metían el ataúd en el nicho del panteón familiar, me negué a pensar que ahí dentro estaba mi madre. La tía María sollozaba inconsolable aferrada a mi fría mano. Detrás de nosotras, el tío Rafael apretaba el hombro de mi tía, tratando de aportarle la fuerza extra que necesitaba para pasar el mal trago mientras deslizaba preocupado su dedo por mi mejilla en busca de lágrimas. Pero yo no estaba allí. Mi mente estaba distraída en un deseo. Quería un perro. Uno pequeño al que achuchar y en el que hundir la nariz para sentir cosquillas. Un perro con el que correr, jugar y reír con genuina alegría. Estaba tan centrada y distraída con mi perro imaginario que ni siquiera sé en qué momento empecé a llorar desconsolada. El tío Rafael me cargó en sus brazos y, cuando me aferré a su cuello, le susurré mi deseo entre gimoteos.

Así fue como, por imposición del destino, y más tarde por decisión propia, convertí a mis tíos en mis padres. No los llamé nunca papá y mamá, pero a efectos prácticos los traté como tal. Sustituir a mi madre por la tía María fue relativamente fácil. Las dos eran de baja estatura, con una constitución fina como la del bambú, el pelo liso, negro azabache y abundante, enmarcando unos rostros menudos, huesudos y extrañamente armoniosos en los que destacaban unos ojos pequeños del color del chocolate con leche rematados por unas pestañas densas y largas. Se parecían mucho, tanto físicamente como en su forma de ser. A menudo observaba en ella expresiones, reacciones o gestos idénticos a los de mi madre. Aquellos insignificantes y naturales modos me sosegaban y me transmitían una falsa ilusión de normalidad o, mejor dicho, de continuidad. En cuanto al tío Rafael, supongo que deseé tanto un padre que el universo, Dios o como se llame quien quiera que rija nuestros destinos —si es que existe— terminó por atender a mis súplicas y le adjudicó el puesto a él. A decir verdad, Rafael bordó el papel desde el principio y no volví a fantasear con un idolatrado padre. No tuvieron hijos biológicos, pese a que la tía María y él los buscaron con ahínco antes y después de hacerse cargo de mí, aunque me consta que mi presencia en su vida acrecentó esa necesidad. Querían darme un hermano para que no me quedase sola cuando ellos ya no estuviesen aquí. Así de grande era su amor por mí.

Los meses que siguieron a la muerte de mamá no fueron fáciles para ninguno. Yo me transformé en una niña muda y apática. Una muñequita bonita que se movía cuando le ordenaban porque carecía de iniciativa o energía para realizar cualquier actividad. Como una autómata iba al colegio y hacía las tareas que me mandaba la profesora. Allí me dejaba el tío Rafael cuando iba camino a su trabajo de secretario en el juzgado. Por las tardes me recogía para llevarme al parque, en un desesperado intento por arrancarme de mi ensimismamiento. Comía poco, mal y obligada. Si no hubiese sido por las vitaminas que el médico me recetó y la obstinación de la madre Alegría, la encargada del comedor del colegio, no hubiese salido adelante. Y dormía mucho. Se había apoderado de mí un cansancio perpetuo que aniquilaba cualquier manifestación vital. Si estaba despierta, pasaba las horas muertas mirando la foto de mamá que había en el salón. Se la habían hecho en el banco del corral un verano lejano, cuando tenía dieciocho años. Llevaba un vestido estampado de cerezas, la melena larga en una trenza medio deshecha, que delataba ya su poca maña para la peluquería. Sonreía a la cámara confiada y llena de vitalidad. Estaba viva y yo deseaba que saliese de esa foto y retomar nuestra rutina con los silencios a la hora del desayuno y los apuros mañaneros. Fueron meses de angustias y zozobras para mis tíos, que observaban impotentes cómo la melancolía caía como una losa sobre mi ánimo, aplastándome.

Comencé a salir del pozo gracias a Bea, Javi, Mario y Mestizo, aunque no llegaron en ese orden a mi despedazada vida. El primero que rompió mi monótono deterioro fue Mestizo. Meses después del entierro de mamá, el tío Rafael recordó la petición que esa tarde le hice, entre hipos, cobijada en su abrazo. Así que, en otra de las múltiples intentonas que hizo para arrancarme del ostracismo, apareció con un cachorro color canela. Un perro pequeño de raza indeterminada al que, haciendo gala de su dudoso origen, bauticé con el nombre de Mestizo. Fue la primera vez que sonreí. El chucho resultó ser pegajoso y muy cariñoso. Reclamaba constantemente mis mimos y, si osaba ignorar sus demandas, me mordisqueaba los pies hasta que, harta, le prestaba atención. Se tumbaba panza arriba para que le rascase la tripa o dejaba junto a mí la pelota de goma zarrapastrosa con la que iba a todas partes para que se la lanzase una y otra vez hasta el agotamiento. Entonces se tumbaba en mi regazo y descansaba un rato. Luego brincaba al suelo y ladraba impaciente para obligarme a retomar el juego. La edad fue calmando esa hiperactividad, pero lo que no cambió fue esa necesidad constante de estar junto a mí. Pareciera que el animal hubiese entendido desde el primer momento que su misión era anclarme a las ganas de vivir y se empeñó en cumplirla hasta su último aliento. Se convirtió en mi sombra, acompañándome con un trote alegre y brioso. Y, cuando no estaba en casa, se quedaba a los pies de mi cama, tranquilo, esperando paciente mi regreso. Tenía un radar que lo avisaba de mi vuelta. Así que, minutos antes de que apareciese por la portilla del corral, bajaba como un rayo a la puerta, meneando la cola feliz y lanzando ladridos enloquecidos. Estuvo conmigo doce años. Fue el único animal, además del canario que teníamos en la cocina y del grillo de primavera, que entró en casa, pues la tía María era tajante en esa cuestión. Los animales se quedaban en el corral y el perro en su caseta. Así que los pocos canes que siguieron a Mestizo jamás atravesaron el umbral de casa, y ni el tío Rafael ni yo tuvimos la necesidad de contrariarla. Mestizo se murió el verano del año en que empecé la universidad. Para entonces ya era un anciano canino, de movimientos torpes y prácticamente ciego, que dormía casi todo el tiempo. Le gustaba acurrucarse a mi lado y apoyar su cabeza cerca de mi mano para humedecerla de vez en cuando con lametones apenas esbozados. Y así, acurrucado a mi lado, se despidió de mí un día de finales de agosto. Lo enterré en la huerta, detrás de casa, bajo el chopo que plantó mi bisabuelo Martín para sentarse bajo su hospitalaria sombra a contemplar el mar.

Si no hubiese sido por Mestizo, tampoco me hubiese hecho amiga de Bea. La tía María me compró una correa para sacarlo a la calle. En realidad, mi tía consideraba que el pasear perros era una costumbre ridícula de los citadinos, pero usó ese pretexto para echarme de casa y obligarme a relacionarme con más gente. En Cueto los canes andaban sueltos, yendo y viniendo a su antojo o con sus amos, sin que nadie les prestase mayor atención. Los vecinos tenían una visión práctica de los animales en general y los perros en particular se consideraban o compañeros de trabajo en las labores ganaderas, o guardianes de la casa, no mascotas a las que consentir.

Bea vivía con sus padres, Miguel e Irene, y su hermano Javi en mi calle, en la esquina de la barriada de casas adosadas con tejados a dos aguas, separadas entre sí por muros medianeros, y con un estilo idéntico: blancas, frente estrecho, fondo largo y distribución en dos plantas y buhardilla. Solo el limonero frondoso y productivo de su casa rompía la uniformidad arquitectónica. Se habían mudado a ella recientemente. Antes vivían en Santander, en la zona de los Pinares, y, como yo, Bea también iba a un colegio de monjas: a las Esclavas.

La conocí al comienzo del verano. Nos habían dado las vacaciones y desde temprano los niños revoloteaban ruidosos por el barrio. A diario los observaba, pero no había querido salir de la seguridad que me proporcionaba la tapia de la casa. Los conocía a todos y hasta había jugado con ellos infinidad de veces. Pero ahora era distinto. Y, por mucho que Mestizo hubiese logrado arrancarme de mi recinto seguro, ni por todo el oro del mundo estaba dispuesta a unirme a aquellos chiquillos escandalosos que me espiaban como un bicho raro. La huérfana. Así me llamaban con un deje acusador, como si a mí me gustase haberme quedado sin madre. Para esquivarlos me fui en dirección contraria. Bea jugaba sola bajo el limonero con sus muñecas. Y hasta a ella me arrastró Mestizo tras arrancar de mi mano la correa con un tirón brusco y fuerte. Al instante, me embaucó la sonrisa noble y amable que enmarcaba su rostro redondo y que se extendía hasta unos ojos castaños que conjuntaban armoniosamente con su pelo un tono más oscuro.

—Hola. ¿Es tu perro? —me preguntó curiosa, rascando a Mestizo entre las orejas.

—Se llama Mestizo —le respondí asintiendo con la cabeza.

—Es muy bonito. Yo también voy a tener uno.

—¿Y sabes cómo es?

—Aún no. Tengo que esperar a que la perra de Ramón para.

—¿Te va a regalar un cachorro? —le pregunté sorprendida.

—Sí, va a ser mi regalo porque cumplo siete y ya soy mayor y puedo tener una mascota. Falta solo un mes.

—Pues yo tengo seis. Cumplo siete el 12 de abril.

—Jo, ¿y por qué a ti te dejan tener un perro?

—Mi mamá se murió y se lo pedí al tío Rafael —le dije encogiéndome de hombros.

Bea me miró con compasión.

—Siéntate conmigo —me ordenó mientras me tendía una de sus bonitas muñecas—. Es Sofía y yo soy Bea.

Pasamos el resto de la mañana conversando y jugando. Allí me encontró la tía María —alertada por el ladrido de Mestizo, que la vio al pasar— cuando salió a buscarme a media mañana, preocupada porque no había regresado aún. Atravesó el corral, me observó y entró en casa de Bea para hablar con Irene, su madre. No sé qué conversaron. No me interesó ni entonces ni después. Pasado un rato, salió sonriendo y se paró.

—A las dos a casa a comer —me dijo.

Y, sin más, se marchó con paso ligero.

A partir de aquel día, Bea y yo nos convertimos en amigas inseparables. Me incrusté en sus vidas como un miembro más de aquella familia y habríamos terminado siéndolo de verdad si no hubiese roto el corazón de Javi, su único hermano, cuando nos hicimos adultos. Dividíamos el tiempo entre su casa y la mía y con frecuencia nos quedábamos a comer o a dormir la una con la otra. Miguel, el padre de Bea, era albañil y nos construyó, en el terreno que daba al oeste, al amparo que el recio muro nos proporcionaba del viento del nordeste, una casita de madera en la que nos pillaba la noche estival un día sí y otro también. Distraída por la incesante verborrea de Bea, yo empecé a comer con normalidad y pronto dejé atrás la imagen de niña famélica que cargaba desde la muerte de mamá. Me reía con frecuencia y mi ánimo aligeraba la tristeza hora tras hora. Bea se erigió en mi persona de confianza. Quizás por eso me irrite regresar a Cueto. Porque sé que no está en la casa de la esquina esperando mi llegada, dispuesta a escuchar mis cuitas.

Lamentablemente, ahora la tía María tampoco está. Quince días atrás un infarto la había fulminado y reunido en el más allá con el tío Rafael, sin darnos tiempo a despedirnos y convirtiéndome en la última Corceño viva. Así que ahora no podía solazarme en el consuelo de su abrazo de hierbaluisa. Preparaba las maletas con desgana e indecisión. Arreglar los papeles de la herencia me llevaría tiempo. Lo que hacía inevitable que tuviese que viajar constantemente a casa durante los siguientes meses. Calculaba que en esta ocasión pasaría por lo menos un par de semanas. Tenía que recoger los certificados en la asesoría de la funeraria, preparar las escrituras y llevarlo todo a la notaría. Amén, claro está, de los errores administrativos que habría que subsanar. Estábamos a últimos de enero y, a esas alturas del año, el tiempo en el Cantábrico se muestra siempre voluble y caprichoso. Sin explicación alguna, oscila entre días soleados, ramalazos invernales y viento del nordeste. El mismo viento sobre el que los abuelos afirman que ni madruga ni trasnocha y que no es caliente ni siquiera en verano.

Mi cuarto del piso en Madrid era un caos de ropa amontonada junto a la maleta sobre la cama de 1,50. Pese a mis esforzados intentos, no lograba completar una maleta lógica y útil. Estaba en bucle, a punto de ser arrasada por la angustia. Tampoco ayudó la llamada de Laura, mi agente editorial. Últimamente, me telefoneaba con cierta frecuencia. Estaba intranquila por mi bloqueo. Hacía meses que le había enviado el borrador de una historia que empecé en el pleistoceno de mi carrera y que había guardado por esa estúpida manía que tengo de no tirar las cosas. El texto era una bazofia por sí solo, pero si lo comparabas con el resto de mi obra, era todavía peor. Y tal cual me lo espetó Laura sin delicadeza ni subterfugios. Le había prometido escribir otra cosa y en eso me imaginaba.

—Laura, ¡cuánto tiempo sin saber de ti!

—Muy graciosa.

—Estás perdiendo el humor.

—Y me vas a sacar canas. Deberías apiadarte de mí.

—Lo hago.

—Te vas mañana, ¿no?

—Sí. A las seis. No quiero encontrar demasiado tráfico.

—¿Llevas el ordenador?

—Por supuesto. Tengo que hacer las reseñas de varios libros para la revista.

—Y escribir una novela. No lo olvides.

—¡Imposible! Me lo recuerdas a diario.

—Quiero los dos primeros capítulos en quince días.

—De acuerdo —respondí resignada y sin demasiada convicción.

—Nos vemos a la vuelta. Conduce con precaución.

—Sí, señora.

—¡Quince días, Blanca! ¡Quince días! —Y, sin más, colgó.

Me cabreó el tonito de institutriz repelente que usó.

—«¡Quince días, Blanca! ¡Quince días!» —repetí en voz alta, imitando su trino de ruiseñor presuntuoso, mientras acaldaba la ropa en la maleta sin ton ni son.

Mi único objetivo era llenarla y, cuando lo logré, cerré las llaves del agua y del gas, bajé los automáticos de la luz, tranqué la puerta, y me puse en marcha. Al principio conduje de un modo agresivo e impropio en mí. Pero kilometro tras kilometro el coraje se fue evaporando y, de repente, me encontré canturreando *Home* con Michael Bublé: *«But I wanna go home. Mmm, I got to go home…»*. Y sentí unas ganas terribles de estar en casa. No en mi piso de Madrid. En mi casa de verdad, en la que había pertenecido a los Corceño desde hacía cinco generaciones. La que había construido mi tatarabuelo Joaquín. La misma en cuyo huerto había plantado un chopo mi bisabuelo Martín para cobijarse bajo su sombra y contemplar el mar. La que guardaba en su desván la alquitara de mi abuela Julia. En la que vinieron al mundo mi madre y la tía María. La casa que me devolvió la vida.